

Desandando la orfandad de la estrategia. Consideraciones en torno a los estudios sobre hegemonía en la Latinoamérica posneoliberal

RESUMEN

La aparición de *El Nuevo Topo* de Emir Sader reinstaló la cuestión de la carencia de reflexión teórica latinoamericana sobre sus tradiciones de lucha y sobre la praxis posneoliberal que atraviesa. En este artículo realizaremos entonces una revisión de algunos de los aportes centrales de quienes hoy están intentando construir un marco analítico para el estudio de la hegemonía en el proceso latinoamericano contemporáneo, entre ellos el mencionado Emir Sader, Atilio Borón, Iñigo Errejón, Dieane Raby, Álvaro García Linera, Pablo Stefanoni, Javier Balsa, Claudio Katz y Jorge Sanmartino. Interesa fundamentalmente reflexionar sobre el lugar que ocupan las bases materiales-estructurales de la sociedad, por un lado, y la construcción discursiva de las prácticas sociales por el otro; la situación de clase y la ideología, la base objetual y el discurso. Visitar a quienes buscan enrollar la madeja del hilo perdido entre Marx, Gramsci y Laclau. Propondremos así, en base a estos investigadores, reconstruir o recuperar el lugar de la situación de clase en el análisis del semblante discursivo de la construcción hegemónica, perdido en el desarrollo de la escuela de Essex. Asimismo, a modo ilustrativo e hipotético, intentaremos poner en diálogo estos aportes con el proceso venezolano contemporáneo, como ejemplo aplicativo de las propuestas analíticas esbozadas.

PALABRAS CLAVES: Latinoamérica, Hegemonía, Conciencia latente.

ABSTRACT

The book *The new mole* by Emir Sader brings back to scene the question of "absence" or "lack" of Latin American theoretical developments, in relation to the continent's historical struggles as well as the current posneoliberal praxis. This article reviews some important contributions that are nowadays trying to build an analytical framework to study the question of hegemony along the contemporary Latin American process. Some include Emir Sader, Atilio Borón, Iñigo Errejón, Dieane Raby, Álvaro García Linera, Pablo Stefanoni, Javier Balsa, Claudio Katz and Jorge Sanmartino, among other thinkers. We are particularly interested in reflecting about, on the one hand, the role of society's material-structural conditions, and on the other, the discursive construction of social practices; as well as the question of class and ideology, objective conditions and discourse. It is then necessary to analyse those who seek to reestablish a relation between Marx, Gramsci and Laclau, in order to suggest -according to these thinkers- the reconstruction or recovery of the role of class within the analysis of discursive aspects of the hegemonic construction, disregarded by the developments at Essex. Besides, we also hypothetically discuss these contributions in relation to the contemporary process in Venezuela, as an example of the analytical proposals outlined.

KEYWORDS: Latin America, hegemony, unrealized consciousness

Fecha de recepción: 8 de abril de 2015

Fecha de aceptación: 22 de mayo de 2015

Desandando la orfandad de la estrategia. Consideraciones en torno a los estudios sobre hegemonía en la Latinoamérica posneoliberal

Mauro Berengan¹

Los pueblos saben, pero recuerdan movilizándose
Guillermo Cieza

Introducción: el guante de la teoría y el hilo conductor

La obra de Emir Sader *El nuevo topo* recibió una notable acogida entre los círculos políticos y académicos latinoamericanos –quizás más los primeros que los segundos. Particularmente en un aspecto crucial expresado con claridad ya en el título del capítulo cuatro y su primer subtítulo: “El desafío teórico de la izquierda latinoamericana”, “La orfandad de la estrategia”. Allí, Sader expone que en el pasado el subcontinente supo desplegar una notable praxis revolucionaria sin producir la teoría de su propia práctica. Dicha praxis se habría desenvuelto a partir de tres grandes líneas estratégicas representadas por los partidos socialistas y comunistas, los movimientos nacionalistas, y los grupos guerrilleros. Éstas se desarrollaron en general, continua Sader, sin grandes síntesis estratégicas, con una fuerte influencia de visiones y esquemas externos, sin contar con una adecuada lectura de las condiciones latinoamericanas, y sin articular las cuestiones nacional y antiimperialista con las anticapitalistas y socialistas. Incluso, en aquellas ocasiones en que destacados pensadores pusieron en práctica estos caminos, habrían sido ignorados por las direcciones de sus partidos, como los casos de José Carlos Mariátegui o Julio Antonio Mella.

En la actualidad se postula una continuidad de esta situación, es decir, una marcada y en algunos casos radicalizada praxis que Sader llama “posneoliberal” y una falencia en la teoría que guíe, acompañe, sea producto y productora de dicho camino. Sader sentencia entonces: “Uno de los elementos de la crisis hegemónica latinoamericana es la falta de teorización al respecto” (Sader, 2009: 144). Este es el punto de partida, el guante que buscamos recoger en la investigación cuyas aproximaciones preliminares expresamos en este trabajo.

Avanzaremos brevemente, a modo de presentación, sobre la obra de Sader y su caracterización de los procesos latinoamericanos contemporáneos, en contraposición a la de pensadores como James Petras y principalmente –quizás mediando entre ambos- las de Atilio Borón y Claudio Katz. La noción de “posneoliberalismo”, y la demarcación entre un proyecto neodesarrollista y uno reformista radical de impulso socialista están en disputa entre estos pensadores.

¹ Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Miembro del proyecto de investigación “Actores sociales y representación política en los espacios locales y regionales latinoamericanos” radicado en el Centro de Estudios Avanzados de la UNC. mauroberengan@gmail.com

En el centro del trabajo, nos abocaremos a la presentación y discusión de algunos aspectos teórico-metodológicos del análisis de la hegemonía a partir del debate en torno a su semblante discursivo. Nos interesa reflexionar sobre el lugar que ocupan las bases materiales-estructurales de la sociedad, por un lado, y la construcción discursiva de las prácticas sociales por el otro; la situación de clase y la ideología, la base objetual y el discurso. Visitar a quienes buscan enrollar la madeja del hilo perdido entre Marx, Gramsci y Laclau. Debate que entendemos crucial en el desafío teórico-práctico planteado.

Independientemente de dicho objetivo, intentaremos ilustrar en el proceso venezolano, y en su máximo referente, ciertas aplicaciones de estas reflexiones; para finalizar el artículo abordando algunas categorías y opciones teóricas más de quienes se encuentran hoy analizando desde esta visión la praxis posneoliberal latinoamericana.

Las latinoaméricas posneoliberales

Retomando el guante arrojado, y empujando quizás un tanto el análisis, podemos afirmar que Sader presenta una causa -cierta culpabilidad- para la carencia de teorización actual, más allá de la inercia histórica. Entendiendo al neoliberalismo como una doctrina tanto más amplia que la premisa económica que lo contiene, como un verdadero proyecto hegemónico -como desarrollamos más adelante-; la resistencia y la acción en su contra, encarnada en los movimientos sociales, habrían producido un desplazamiento de la reflexión hacia la actuación en un supuesto espacio privilegiado de la sociedad civil, manteniéndose en el plano de la denuncia, y dejando de lado la cuestión de la estrategia, la construcción de proyectos contrahegemónicos, la reflexión sobre el poder, el Estado, las alianzas, la correlación de fuerzas, etc. A ello se sumaron (o retroalimentaron) construcciones teóricas como las de Holloway y Negri que alentaron el refugio en una “mítica sociedad civil” y “dejaron sin armas al campo antineoliberal para responder a los desafíos de la crisis de hegemonía”, produciendo “un verdadero suicidio de la teoría” (Sader, 2009: 117). Vemos entonces en Sader una causa, una responsabilidad en todo caso sin dolo de los movimientos sociales (y sus intelectuales orgánicos) en la “orfandad de la estrategia”.

Entendemos que esta visión encuentra cierto asidero en las prácticas de resistencia que derivaron en los sucesos del 19 y 20 de diciembre de 2001 en Argentina (preludiado por una decena de levantamientos provinciales en la década); y que sin duda dicho corrimiento se produjo y tuvo consecuencias en la praxis posneoliberal. Pero vemos, por un lado, que deja de lado un rico material reflexivo sobre esta situación elaborado por intelectuales desde dentro de estos movimientos. Entre ellos Miguel Mazzeo, quien en sus obras *¿Qué no hacer?* (2005) y *El sueño de una cosa* (2007) realiza una cabal reflexión sobre la noción de Poder Popular y la necesidad de que los movimientos sociales den una disputa estratégica por el poder asentados sobre su experiencia territorial; Aldo Casas (2011), en sintonía y colaboración con Mazzeo; y Claudio Katz –de quien hablaremos a continuación. Y que, por otro lado, no se condice necesariamente con la realidad latinoamericana general más allá del zapatismo mexicano. Así, a la hora de evaluar las limitaciones de los gobiernos reformistas, parece cargar más las culpas sobre la falta de teorización y las prácticas anti Estado de los movimientos sociales, que en la propia falencia –o intención– de dichos gobiernos.

El debate respecto de estos proyectos de “centroizquierda” es encuadrado, tanto por Sader como por Borón, en la extensa disputa “reforma-revolución” para luego menguar dicha dicotomía, incluir el “clima de época” que no contendría el imaginario revolucionario, y

sostener como salida un proceso de reformas radicalizadas que tiendan a romper con el neoliberalismo a partir de una refundación del Estado. Para ello, ambos recurren -sin delimitarlo acabadamente- al término “posneoliberalismo” como categoría flexible que incluye distintos modelos del “pos”.

Sin embargo, entendemos que Sader dedica -en esta disputa- el peso de su obra a cuestionar a la “ultraizquierda”, encarnada intelectualmente en James Petras, con sentencias que van desde “el miedo a la revolución realmente existente” y la “absolutización de la lucha ideológica”, a repasos de sus posicionamientos políticos que sacuden la alfombra de sus errores históricos. Borón, por su parte, dedica su trabajo en esta etapa (fundamentalmente 2008) a cuestionar las bases de los gobiernos centroizquierdistas percibidos por el establishment -o concretamente nominados por Vargas Llosa- como una “izquierda seria y racional” que respeta la lógica de los mercados frente a una “irracional y demagógica” que va en su contra (Borón, 2008: 26). Para ello, realiza un recorrido histórico del discurso y la praxis del desarrollismo desde su base “rostowniana”, evidenciando la absoluta imposibilidad de su concreción real.² Así, Borón realiza una demarcación clara entre “el canto de sirena del posibilismo y el reformismo” (Uruguay, Brasil, Argentina) y los procesos de reforma radical como peldaño al socialismo (Venezuela -principalmente-, Ecuador y Bolivia).

Esta visión encuentra respaldo en la obra del economista Claudio Katz, quien propone una clara distinción entre los proyectos neodesarrollistas o de centroizquierda, y los “nacionalistas radicales” que vislumbran la posibilidad de una construcción socialista a partir de reformas profundas. Muy crítico del primer sector (en dicho momento Tabaré Vázquez, Néstor Kirchner, Lula da Silva y Michelle Bachelet) remarca incluso el carácter de “neo” desarrollistas, pues éstos habrían mantenido la prioridad exportadora, la restricción monetaria, el ajuste fiscal y la concentración del ingreso, limitándose solo a aumentar subsidios estatales a la industria e incrementar el gasto público social (Katz, 2006). Otros argumentos esgrimidos por intelectuales orgánicos de los gobiernos neodesarrollistas, como la tesis del enemigo principal, o la visión de una Latinoamérica “sin preparación” para una sistema socialista (teoría de la revolución por etapas que llevó a grandes sectores de la izquierda de medidados de siglo pasado a apoyar políticas y partidos liberales frente a los “resabios feudales” de la región) son abordados y cuestionados en la obra de Claudio Katz (2006, 2008). Si bien en dichos libros Katz describe rasgos neodesarrollistas en los gobiernos “nacionalistas radicales”, en las obras más recientes ha ido estableciendo las posibilidades del desarrollo del “socialismo del siglo XXI” a partir de la construcción de las comunas socialistas, verdadero proyecto de edificación de una nueva sociedad (2014). Como veremos, la relación entre este -posible- desarrollo material socialista, y su construcción discursiva, está en el centro del debate de este artículo.

² Refiere a la obra del economista estadounidense W.W. Rostow, de gran influencia en un sector de la intelectualidad latinoamericana de mediados del siglo XX, según la cual el camino del crecimiento económico -acompañado de cambios culturales e institucionales- delineado por Europa y los Estados Unidos es convertido en la regla que podría desarrollar a todos los países del mundo cumpliendo una serie de etapas de despegue y afianzamiento económico, desde la sociedad tradicional a la sociedad de consumo masivo y el Estado de Bienestar. Atilio Borón, en la obra citada, cuestiona no solo la puesta en práctica de este modelo que no llevó al desarrollo a país alguno, sino también su base teórica según la cual las diferencias entre países serían solo “de grado”, no registrándose asimetrías significativas en su naturaleza que pudieran afectar las posibilidades del desarrollo.

Emir Sader en cambio, si bien realiza un repaso de la estrategia reformista de la primera mitad del siglo XX, termina caracterizando su propio gobierno a partir de un recorrido personal y en alguna medida justificador del “ser Lula”, presidente al que Borón ataca apoyándose en “el habitualmente sobrio” Perry Anderson quien lo calificó como “la mayor desilusión sufrida por la izquierda mundial en este período” (Borón, 2008: 81). Sader llega a sentenciar entonces: “afirmar que sólo se sale del neoliberalismo yendo hacia el socialismo es no comprender la dimensión de la regresión histórica representada por el pasaje del período histórico anterior al actual” (Sader, 2009: 182). Las diferencias de posiciones están marcadas.

Vemos así que, si bien en éstas obras no está puesto en juego un aparato teórico-conceptual de análisis en el sentido que veremos a continuación, sino que se centran en los posicionamientos y la apuesta estratégica de los bloques posneoliberales; parten de una perspectiva de la hegemonía gramsciana y de una conceptualización del neoliberalismo y el posneoliberalismo subsidiaria de ella.

Dedicaremos unas líneas a la mirada analítica realizada por Atilio Borón más adelante, pero valga adelantar en este apartado que, desde su óptica, “el posneoliberalismo gira en torno a un núcleo de valores tales como la justicia, la democracia, el bienestar público y el crecimiento económico, y es a partir de estos que debe elaborar un paradigma de políticas públicas apto para honrarlos” (Borón, 2008: 78).

En cuanto a Sader, comenzamos con la sentencia según la cual un aspecto de la crisis hegemónica se sustenta en la falta de teorización al respecto, lo que significa también que la crisis continúa en pie, sin que una nueva hegemonía haya ocupado el lugar del neoliberalismo (en este sentido veremos que Errejón Galván parte de la pregunta de si el gobierno de Evo Morales es ya hegemónicos o no).

El neoliberalismo desplegó su hegemonía en contraposición al modelo desarrollista keynesiano vigente hasta la década de 1970. Esta nueva hegemonía sentó sus pilares económicos en la desregulación estatal, la liberación del mercado, la flexibilidad laboral y el traspaso de capital del sector productivo al especulativo. Mas en su faz cultural contó con el aparato mediático-publicitario como sostén fundamental de su política discursiva, incorporando a las clases medias a partir de la idea de consumo globalizado cuyo símbolo máximo fueron los *shopping center*. El consumo se constituye entonces en la articulación misma de lo social, privatizando el espacio y la vida pública, y realizando una fuerte disputa del sentido común (Sader, 2008: 52).

A partir de esta premisa, entiende Sader que “democratizar es desmercantilizar” y que “el campo teórico en la era neoliberal se articula en torno de la polarización entre esfera pública y esfera mercantil, y el Estado, por su parte, es un espacio de disputa entre ambas” (Sader, 2008: 171). Así, producida la crisis del consenso neoliberal, Sader ve en Venezuela, Ecuador y Bolivia una nueva estrategia de la izquierda que ni se subordina ni “aniquila” a las clases del bloque dominante, sino que lleva adelante una disputa hegemónica prolongada, “de guerra de posiciones en el sentido gramsciano” (Sader, 2008: 178), explicando dicho proceso a partir de la tipología elaborada por García Linera que veremos más adelante. Entonces, los gobiernos tendrán más éxito -serán más posneoliberales- en la medida que se contrapongan de manera directa a la mercantilización de todas las esferas.

Este es su “parteaguas”, y aun en su generalidad no parece cuajar en una demarcación clara, pues si la línea que divide los proyectos es “aquella que separa los países que suscriben tratados de libre comercio con los Estados Unidos y los que privilegian la integración regional” (Sader, 2008: 181) ¿qué sucede con el Uruguay que pareció emprender ambos caminos con el Tratado de Libre Comercio impulsado por Tabaré Vázquez? Y a su vez, no parece concordar tampoco con sus posicionamientos políticos de constante apoyo al gobierno de Brasil, de cuya lucha contra el mercado puede al menos dudarse con seriedad.

El posneoliberalismo asoma como indefinible y sabemos que, al menos desde cierta vertiente teórica, son justamente estos significantes los ejes vertebrales del aspecto discursivo de la disputa hegemónica.

Hegemonía, base material y discurso: algunos lineamientos analíticos

Como sabemos, hablar de hegemonía remite directamente a la obra de Antonio Gramsci, si bien su origen se encuentra en el debate de la socialdemocracia rusa previo a la revolución de 1905 respecto de la relación de dirección entre obreros y campesinos, que luego Gramsci extendería al análisis de la dirección burguesa en la sociedad “occidental”, dando lugar a un extenso debate en torno a la relación de determinación entre estructura y superestructura.³

El punto de partida está dado por la observación gramsciana según la cual, en la compleja evolución de las sociedades -sobre todo las “occidentales” en oposición a la realidad rusa prerrevolucionaria-, los Estados desarrollaron fuerzas distintas a la coerción y el complejo legal para generar el consenso de los subordinados a partir de un conjunto de instituciones que Gramsci denominó “sociedad civil”. La hegemonía se trataría entonces de la dirección intelectual y moral que ejerce un grupo fundamental sobre grupos subordinados, presentando sus intereses particulares como los intereses del conjunto social. Esta operación se produce fundamentalmente desde el entramado ideológico-cultural, y apunta a generar (disputar) un sentido común en las clases subordinadas afecto a la aceptación -activa o pasiva- de la dominación.

Ahora bien, interesa -como ya insinuamos- poner en discusión el aspecto discursivo de la construcción hegemónica; por lo que también es menester recordar algunos de los conceptos de la corriente de pensamiento que ha llevado éste análisis hasta un puerto muy desarrollado sí, pero anclado quizás en una isla demasiado lejana del punto de partida, de tierra firme: la Escuela de Essex. Este punto de partida lo constituye una crítica profunda al marxismo ortodoxo, a la determinación de la estructura por sobre la superestructura, es decir a la visión de la relación económica configurando (con exclusividad) los antagonismos sociales. Mientras que el punto de arribo estaría dado por su contrario: la constitución ideológica de las relaciones sociales.

El discurso es entendido por Laclau como un conjunto de elementos que se constituyen mediante la relación entre ellos, sin una entidad previa, un conjunto mayor, o una determinación apriorística que los contenga. “No existe un más allá del juego de las diferencias” (Laclau, 2005: 93). En el lenguaje un elemento existe respecto a aquello que no

³ Para un examen exhaustivo del origen y evolución del concepto de hegemonía, y el tratamiento dado por Gramsci al término, ver Anderson: 1981.

es, es decir en relación a otro elemento del cual se diferencia. La identidad es así puramente diferencial, no existe identidad positiva alguna. Ahora bien ¿dentro de qué totalidad se constituyen? Las entidades centralizadoras o totalizantes, que incluyen y articulan elementos, surgen de este juego de relaciones, pero es aquello que no forma parte de la totalidad representada lo que le otorga su entidad. Es la frontera de exclusión la que genera las equivalencias entre elementos que se diferencian de lo excluido (Laclau, 1990: 72-74). Los discursos generan pues un exterior constitutivo, una otredad. Aparece así una representación de la totalidad, una entidad que articula elementos diferentes en una cadena equivalencial, perdiendo su sentido anterior para adquirir el sentido totalizante, cancelando -siempre temporalmente- el juego de las diferencias. Este es el significante vacío. Así, las demandas de grupos sociales, diferentes entre sí, se articulan en equivalencias a partir de una demanda que adquiere la representación de la totalidad dentro de la frontera de exclusión, generando una nueva identidad. Valga postular la actual consigna nacional “Patria o Buitres” para ejemplificar la operación.

Esta operación es entonces la base de la construcción hegemónica. Una “sinécdoque” donde la parte representa al todo (excepto lo excluido), en el caso del populismo: el “líder”. Parados en esta perspectiva, la consigna “Kirchner o Clarín” puede también ser ilustrativa. Como expone Errejón (2011: 149): “Laclau argumenta con más fuerza que el problema con la teoría marxista de la ideología es que no reconoce que la realidad extraideológica es siempre ideológica, pues no tenemos acceso a ningún elemento de la realidad más que a través de su construcción como forma discursiva en sistemas más o menos ideológicos (...) No existe un mundo real esencial exterior a la ideología”. Hemos cruzado el mar.

Quizás uno de los investigadores latinoamericanos que más ha cuestionado la visión “posmarxista” de Laclau sea Atilio Borón. Su crítica es radical y perduran después de ella escasos puntos de contacto entre ambas teorizaciones. Basta recordar el título del capítulo que la sistematiza: “¿Posmarxismo? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau”. La base de la crítica radica justamente en la visión que Laclau y Mouffe construyen sobre el marxismo. Según Borón, para estos autores el marxismo siempre estuvo en crisis, con contradicciones insalvables en su interior, a partir de una supuesta ambigüedad que “yuxtapone una historia concebida como racional y objetiva -resultante de las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción- a una historia dominada, según Laclau, por la negatividad y la contingencia, es decir, la lucha de clases” (Borón, 2000: 248). El concepto de hegemonía vendría a suturar la contradicción, pues permite reconstruir desde el discurso la unidad temporal de una dislocada y contingente realidad social.

Sostiene Borón que esta visión de la hegemonía es contraria a la desarrollada por Gramsci, quien se había propuesto continuar los análisis del propio Marx al respecto. Veremos más adelante que para el pensador italiano la disputa hegemónica -que es una disputa política- permanece dentro de las “condiciones de posibilidad” fijadas por las relaciones de producción. Esta premisa es entendida por Laclau y Mouffe como un reduccionismo económico que debe ser eliminado, pues -como vimos ya- no habría limitación alguna de carácter extralingüístico en la constitución de lo social. Así, además de construir su teoría en base a la liquidación de un marxismo vulgar y no de los aportes más ricos de su tradición, la crítica apunta a un idealismo extremo según el cual solo existe antagonismo social si una subordinación (una mera relación de posiciones) es enunciada por un discurso -externo- que la desnuda, como la ilustración o el mismo marxismo. Borón se pregunta

entonces: “¿Cómo comprender la milenaria historia de rebeliones, revueltas e insurrecciones protagonizadas por siervos y esclavos muchísimo antes de la aparición de sofisticados argumentos en favor de la igualdad –fundamentalmente en el Siglo de las Luces– o convocando a la subversión del orden social?” (Borón, 2000: 253).

Finalmente, equipara la teoría laclausiana al modelo de análisis funcionalista-parssoniano según el cual la sociedad se encuentra integrada por un conjunto de valores que solo se alteran por la acción de un agente externo, en el caso parssoniano grupos extremistas o no socializados, en el laclausiano el “exterior constitutivo”.

Como dijimos arriba, y obviando matizar los extremos, partimos de un determinismo economicista donde lo ideológico-cultural no tiene lugar, para arribar a un determinismo discursivo dónde la base material ha perdido el suyo.

¿Es posible reconciliar ambos modelos? ¿Resisten sus puentes de circulación? ¿Puede en todo caso tomarse herramientas de análisis construidas por Laclau y aplicarlas a un esquema marxista? ¿Puede hacerse lo contrario, recuperando herramientas marxistas enterradas en la vorágine discursiva?

Partiendo quizás de esta última posibilidad, Javier Balsa⁴, quien ha realizado reconocidos aportes referidos al aspecto discursivo de la dominación hegemónica, ha propuesto “combinar con cierto eclecticismo dos enfoques que son considerados generalmente como incompatibles: el marxista gramsciano y el laclausiano” (Balsa, 2011: 76). Se trataría de (re)introducir el concepto de clases sociales en el análisis de la hegemonía, en el sentido de los límites extralingüísticos de la construcción de lo social. Aceptando con Laclau que las identidades se construyen en y a través del discurso, supone que la existencia de un determinado modo de producción implica posiciones de clases que actúan, si no como constitutivas, sí como limitantes de las posibilidades de construcción de identidades. Así, siguiendo a Gramsci, las prácticas de vida que surgen de estas posiciones de clases generarían un “núcleo de buen sentido” que las operaciones discursivas no pueden terminar de erradicar (Balsa, 2011: 76).

Puede ser de utilidad para comprender este punto introducir algunas observaciones que Diane Raby⁵ realiza al respecto, en vinculación con el proceso chavista. La constitución de la identidad a partir de la lógica discursiva está presente cuando nos dice: “El pueblo venezolano encontró una identidad colectiva y se constituyó como sujeto político a través de las acciones de Hugo Chávez y del Movimiento Bolivariano” (Raby, 2006: 4). Pero, tomando la conceptualización sobre el populismo elaborada por Laclau, advierte que éste ha dejado de lado el estudio de la coyuntura económica y la base social de cada movimiento populista, que las posibilidades de su despliegue dependen de la correlación de fuerzas clasistas, y que si bien la actuación del líder contribuye a la constitución del pueblo “hay que ir más allá de las limitaciones de Laclau: no es sólo la interpelación del pueblo por el líder lo que lo constituye en actor consciente” (Raby, 2006: 9). Así, la receptividad de un discurso y no de otro dependerá de la “conciencia latente” y preexistente de las clases populares a quienes va dirigido. Para el caso de Venezuela, el Caracazo de 1989 sería una muestra de la constitución

⁴ Doctor en historia por la Universidad Nacional de La Plata e investigador del CONICET.

⁵ Investigadora del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Liverpool y colaboradora del Centro Internacional Miranda en Venezuela

o predisposición previa de un pueblo que no necesitó del “discurso chavista” para la rebelión. En sus palabras “el líder solo puede llevar el movimiento popular adonde está dispuesto a ir; o para ser más exactos, la dinámica del proceso puede llevar tanto al pueblo como al dirigente a situaciones inesperadas, pero esas situaciones estaban implícitas -no como algo inevitable, sino como posibilidades- en la estructura de clases preexistente y en la herencia cultural del movimiento” (Raby, 2006: 10).

En un sentido similar, Jorge Sanmartino⁶ (2010: 291) se vale del concepto de “conciencia posible” acuñado por Lucien Goldmann, en oposición al de “conciencia real”, para analizar los cambios susceptibles -posibles- de producirse en la conciencia. Así, Chávez se presenta como una irrupción que en verdad ya formaba parte de la tradición política venezolana: un liderazgo militar y plebeyo que abraza demandas nacionales y antiimperialistas (Sanmartino, 2010: 293). Como dice Sanmartino, la polarización estuvo entonces delimitada por un bloque institucional ya caracterizado como corrupto y dependiente del Fondo Monetario Internacional, y uno irruptivo que abrazó las causas nacionales operando sobre esa “conciencia posible”, produciendo la identificación popular con el chavismo; agregamos: camino hacia un nuevo bloque histórico.

Aunque extensas, estas palabras de Hugo Chávez, en tanto “aplicador” de las nociones desarrolladas, pueden ser de utilidad:

Nosotros hemos venido liberando al Estado, porque la sociedad civil burguesa controló al Estado venezolano a su antojo, manejaban el gobierno, manejaban el poder legislativo, manejaban el poder judicial, manejaban las empresas del Estado, manejaban la banca pública, manejaban el presupuesto nacional; todo eso ellos lo han venido perdiendo, si no totalmente, esencialmente. Y ellos están ahora, replegados en los núcleos duros de la sociedad civil burguesa, utilizando de manera desesperada los reductos que le quedan de esas instituciones señaladas por Gramsci: la iglesia, los medios de comunicación y el sistema educativo. De allí la importancia de entender el tablero de juego (...) Mientras tanto a nosotros lo que nos queda es seguir conformando el nuevo bloque histórico venezolano. Hugo Chávez, discurso del 6 de junio de 2007 (cit. en Callelo, 2010: 72).

Por último, en lo referente a conciencia latente, no podemos dejar de mencionar también a José Nun quien ya a fines de los 80` señalaba la necesidad de identificar los juegos del lenguaje que preservan, en los sectores oprimidos, los núcleos de buen sentido gramscianos bajo dos advertencias: éstos son siempre históricamente determinados, y se presentan de forma heterogénea, segmentada, disímil (Nun, 1989: 24).

Volviendo a Balsa, valga recuperar algunos de sus lineamientos generales para el análisis de la hegemonía. En primer lugar, entiende que la hegemonía puede ser construida desde tres lógicas diferentes: a) como una “alianza de clases” donde la dominación parcial de un sector por sobre el resto se asienta en un acuerdo con base material, en un cálculo de costo-beneficio, manteniendo cierta independencia en el plano ideológico; b) como una “dirección intelectual y moral” de la sociedad -en la cual nos centraremos; y c) como una transformación de los modos de vida de los sectores dominados que, con sus efectos sobre los modos de

⁶ Sociólogo, investigador de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

pensar, favorecerían la aceptación de dicha dominación (Balsa, 2006b: 16). Mas, como expresamos en un comienzo, la operación hegemónica propiamente dicha se encuentra en la segunda lógica, cuando un grupo particular logra la dirección intelectual y moral de otros grupos subordinados, produciendo una transformación en su sentido común.

Así, por un lado, la “dirección intelectual” refiere a la ideología en tanto conjunto de ideas y doctrinas, a la “batalla de ideas” en el sentido de una disputa doctrinaria entre intelectuales. A este respecto, es interesante destacar para la realidad latinoamericana contemporánea, que la disputa no se produce tanto en los aparatos productores de ideología (como puede ser una universidad), en los cuales las clases dominantes permiten la proliferación de doctrinas contrahegemónicas; sino fundamentalmente en los “aparatos difusores de ideología” a partir de la extensión de los medios de comunicación de masas, donde el control de las clases dominantes es tanto más férreo. Esto da cuenta de la imposibilidad de establecer una relación inequívoca entre estos aparatos, pues tal situación no es equiparable a, por ejemplo, los tiempos en los que desarrollaron su obra Marx o incluso Gramsci. Entonces “para analizar la dinámica hegemónica, debemos estudiar la conformación y el funcionamiento de todos los diversos aparatos ideológicos, teniendo especialmente en cuenta su historicidad” (Balsa, 2006b: 22).

Respecto de la “dirección moral”, ésta se produce en el “proceso de socialización primaria”, en la imposición de una realidad, de un mundo social presentado como objetivo durante la niñez. Apunta a la construcción de un sentido común que, por este mismo carácter, resulta más difícil de disputar por un sentido contrahegemónico. Como nuevamente decía Hugo Chávez: “A los niños hay que empezarles a hablar de la integración desde ahora, en primer grado, en preparatoria, en primaria, si no eso no se va a dar por más que lo declaremos cien mil veces” (En Arnoux, 2008: 41).

Se trata en definitiva de una construcción de qué es el mundo. En este sentido Balsa toma a Therbon (1991: 15), quien distingue tres modos de construcción o interpelación ideológica: lo que existe, lo que es bueno y lo que es posible. Estos modos pueden interpretarse como tres líneas sucesivas de defensa de una hegemonía: en el primer caso la dominación no es percibida, “no existe”; si tal sentido no logra ser mantenido y la dominación hegemónica es percibida, es posible construir que es justa o positiva; si esta segunda línea no subsiste y se percibe la negatividad de la dominación, puede aducirse que otra situación no es posible. Otra frase de Hugo Chávez, en esta “ilustración por parte del objeto”, puede servir de referencia:

De esa manera, en aquel momento [1992-1998] regresaba a la mente nacional la idea de la utopía política. O sea: comenzó a existir en la imaginación colectiva el deseo de un nuevo país con más justicia, más igualdad y menos corrupción. (...) Esa era mi misión: darle contenido, en la psiquis del pueblo venezolano, a la prodigiosa invención de un país posible. Tenía que crear una utopía concreta. En otras palabras: crear el mito colectivo de un futuro realizable (...) ¿No decía José Martí que las revoluciones hacen posible lo que hoy parece imposible? (cit. en Ramonet, 2013: 627).

Investigar entonces “cómo la ideología dominante describe lo que es, lo que es bueno y lo que es posible; y, por oposición, analizar cómo opera sobre estas mismas cuestiones la

contra-hegemonía” (Balsa, 2006b: 26) es otra de sus propuestas analíticas; identificando asimismo cómo las demandas de las clases dominadas son absorbidas en la construcción de la hegemonía a partir de este mismo modelo de Therbon en su triple proceso: negación (lo que es), desvalorización (lo que es bueno), y utopización (lo que es posible).

Finalmente, valga mencionar que Balsa se muñe del concepto de “formación discursiva” (Foucault, 1969) entendiéndolo como una base objetual común en un conjunto de discursos, un campo de posibilidades compartidas en el que se despliegan distintas identidades, temas y conceptos; es decir donde compiten -tomando un segundo concepto de Foucault- distintas “estrategias discursivas” en las cuales se organizan, al modo de las cadenas equivalenciales, conceptos, objetos, enunciaciones, valoraciones, etc. (Balsa: en prensa). Así, en el análisis de la disputa hegemónica se debe identificar esta base objetual común y las distintas estrategias discursivas que disputan por el sentido de sus significantes. Quizás como ejemplo podemos mencionar la resignificación (relación con nuevos significantes) que el chavismo produjo sobre el prócer máximo de Venezuela: Simón Bolívar.

Por su parte, Iñigo Errejón, politólogo que ha emprendido un estudio sobre la lucha por la hegemonía durante el primer gobierno de Evo Morales -y a la postre joven jefe de campaña del irruptivo partido español PODEMOS- realiza una exhaustiva reconstrucción de los principales lineamientos analíticos y vertientes teóricas sobre la hegemonía en general y su semblante discursivo en particular, recopilando una gran cantidad de estudios que han utilizado el término para referirse al gobierno del MAS. Ahora bien, interesa señalar aquí los lineamientos teóricos y las conclusiones fundamentales a las que arriba Errejón.

La hegemonía es entendida como un tipo de ordenación del campo político marcado por el conflicto y la contingencia que debe ser estudiado a partir de las operaciones de articulación discursiva; es decir que parte de la premisa de la “constructividad” del discurso. Es entonces Laclau su punto de partida, definiendo al discurso como “las prácticas de atribución de significado político a objetos sociales que carecían de él o que tradicionalmente recibían un significado diferente” (Errejón, 2011: 92). Sin embargo, en concordancia con lo expuesto anteriormente, señala que el concepto gramsciano de “condiciones de posibilidad” resulta de utilidad para comprender que los límites en las variaciones contingentes que puede adquirir una operación populista, son mayores a los pretendidos por Laclau, “evitando un idealismo según el cual cualquier grupo social puede llegar a ser hegemónico si realiza de modo adecuado las operaciones discursivas” (Errejón, 2011: 93).

Valga señalar que esta confusión ha llevado tanto a la identificación de la operación populista con la política en sí; como, en el mismo sentido, a una variabilidad contingente tan amplia en la aplicación de la operación que atenta contra su utilidad conceptual. Como -tajantemente y según vimos muy alejado de esta visión- señala Atilio Borón: “No hace falta ser un erudito en historia política comparada para apreciar el gigantesco desatino de cualquier conceptualización que coloque a Hitler, Mao y Perón en un mismo casillero teórico” (Borón, 2000: 250).

Así, Errejón puntualiza del siguiente modo sus “decisiones epistemológicas”: “a) partir de una comprensión de las identidades políticas como procesos dinámicos, abiertos y contestados (...) que nunca pueden darse por plenamente y para siempre cerrados; b) asumir que los procesos de construcción de las identidades tienen lugar en el terreno conflictivo del discurso, donde compiten diferentes intentos de atribución de significado político a objetos

sociales; y c) reconocer que lo que los actores políticos dicen de sí mismos es un dato central en el que deben partir los análisis sobre la hegemonía (...) ya que lo relevante es explicar cómo estos operan en un sentido político de articulación y construcción de hegemonía” (Errejón, 2011: 99).

Su tesis sobre el proceso boliviano contemporáneo da cuenta del desarrollo de tres hegemonías históricas: el proyecto de democratización, mestizaje y desarrollo estatalista surgido de la revolución del 52; el Estado neoliberal, entendido como una doctrina, un discurso, y un proyecto político vigente entre 1985 y el 2000; y el proceso de construcción hegemónica desarrollado por Evo Morales. Éste último, continúa Errejón, se asienta en el “ciclo rebelde” de movilizaciones populares antineoliberales de los años 2000-2005 que produjeron un vacío hegemónico a partir de la incapacidad estatal para satisfacer las demandas sociales. Se conformó así un núcleo político contrahegemónico que denomina “nacionalista-indígena” o “indígena y plebeyo”, constituido como un antagonismo entre las mayorías empobrecidas -fundamentalmente indígenas, pero no exclusivamente- y las élites -blancas y mestizas- beneficiadas por las reformas neoliberales. Ante la adopción por parte de estas últimas de un discurso autonomista-regionalista, la hegemonía se habría definido a favor del MAS durante el conflicto del 2008, cuando el bloque masista logró interpelar en su relato nacional a una amplia mayoría “por encima de las fracturas posibles de clase, etnia y región; como el pueblo empobrecido y honesto de Bolivia, por oposición a la oligarquía antinacional” (Errejón Galvan, 2011: 99). Esto le permite sostener que el contenido ideológico del MAS es “relacional” y no “esencial”, analizando para ello la articulación de demandas insatisfechas, el trazado de la frontera constitutiva de la comunidad política “pueblo”, y demás categorías laclausianas.

Su enfoque, anclado quizás demasiado cerca del puerto de llegada de la Escuela de Essex, nos es igualmente de utilidad en tanto sintetiza buena parte de los aportes contemporáneos al estudio de la hegemonía, propone herramientas concretas de análisis, y a la vez nos alerta sobre los excesos “idealistas” del posmarxismo.

Finalmente, es fundamental introducir la obra de Álvaro García Linera, de la cual se desprenden buena parte de las afirmaciones de Errejón. Pues, como vimos, Sader nombra al Grupo Comuna, al que pertenece el vicepresidente, como la excepción a la carencia de teoría. La obra de Linera es extensa, abarcando distintos aspectos de la realidad boliviana, siendo particularmente interesante la relación entre el componente étnico cultural y la explotación de clase en la dominación, así como la composición y rol del Estado en los procesos de cambio. Pero interesa aquí su desarrollo sobre la hegemonía.

Partiendo de la base gramsciana ya descrita, a partir de la cual entiende la hegemonía como el liderazgo moral sobre la sociedad, “sobre los que no son tuyos” como repite en sus conferencias; nos valdremos del sugestivo artículo titulado “empate catastrófico y punto de bifurcación” para sintetizar sus aportes nodales al respecto.

Como vimos, el año 2000 representa el estallido de la crisis de la hegemonía neoliberal. A partir de allí Linera reconstruye una serie de momentos en su desarrollo. La primera etapa estaría dada por la visibilización de la crisis de Estado, donde las ideas, clases e instituciones dominantes se ven cuestionadas por la conformación de un nuevo bloque “indígena y popular”. Sobre esta visibilización (valga recordar las trincheras de la hegemonía propuestas por Therbon), el segundo momento estaría dado por un “empate catastrófico” entre

ambos bloques que paralizan el mando estatal y cuya -necesaria- resolución, “en días, meses o años”, puede ser de restauración o de transformación (García Linera, 2008: 26). Se trata porque no de la célebre frase de Gramsci según la cual una crisis es un proceso histórico donde lo nuevo no acaba de nacer y lo viejo no termina de morir. En tanto, el tercer momento sería la resolución de dicho empate, que en el proceso boliviano Linera llamará la “construcción hegemónica ascendente” y que se produce en el punto más álgido de la confrontación, denominado “punto de bifurcación”. En este hecho se despliega la hegemonía en sí misma, pues “un punto de bifurcación es, en el fondo, un hecho de fuerza en la medición práctica de las cosas. Es un hecho de liderazgo, de hegemonía en el sentido gramsciano del término, de liderazgo moral sobre el resto de la sociedad” (García Linera, 2008: 28).

Sostendrá Linera, desde su cargo de vicepresidente y situado a fines del año 2007, que si bien el punto de bifurcación puede estar constituido por una insurrección, una exhibición de fuerza, u otra situación; la estrategia del gobierno será construirlo a partir de una resolución democrática mediante oleadas sucesivas en las que el soberano se manifieste electoralmente. “Un programa de gobierno que incorpore amplios sectores de la sociedad bajo la hegemonía indígena, a partir de una sucesión de referéndums que definan los cargos de gobierno, la viabilidad de la nueva constitución y el tipo de autonomía” (p. 29). Más adelante podrá confirmar su proyección a partir de las victorias electorales y principalmente de la resolución de la crisis de agosto de 2008, tesis que como vimos recoge Errejón.

Sin dudas la tentación de valerse de este modelo sencillo y descriptivo para analizar los momentos en la constitución de la hegemonía en el proceso venezolano es grande. Entendemos que el Caracazo presenta particularidades distintivas de los estallidos antineoliberales producidos en Argentina, Bolivia y Ecuador a comienzos del nuevo milenio, en tanto -producido con diez años de antelación- representó el quiebre de un tipo de bloque hegemónico distinto nacido del “Pacto de Punto Fijo” cuatro décadas antes, y en cuya erosión se encontraba justamente el intento de implementación del modelo neoliberal. Sin embargo, la visión de un “empate catastrófico” sentado en la crisis orgánica abierta por el Caracazo, que se extendería por casi toda la década del 90`, y se resolvería en un “punto de bifurcación” a partir del triunfo de Hugo Chávez, la sanción de la nueva constitución, y el fracaso del golpe de Estado de 2002, puede ser ilustrativa.

Respecto de la crítica que realiza Errejón a García Linera, según la cual, en su doble condición de analista y dirigente, “reconstruye a posteriori los hechos inscribiéndolos en una historia de la construcción de hegemonía”; entendemos que, si bien puede tener asidero, ésta es quizás producto de su cercanía mayor con las teorías laclausianas, llevándolo a afirmar que “si no se explica que dicha polarización (entre los bloques mencionados) es el resultado de una construcción política discursiva, el análisis puede parecer en exceso rígido y asimilable al encuentro de dos ejércitos en el campo de batalla” (Errejón, 2011: 77).

De hecho, es con Pablo Stefanoni con quien Errejón encuentra mayores puntos de contacto, pues como bien expresa “ha realizado análisis ciertamente más cercanos a la Teoría del Discurso y la Hegemonía desde incluso antes de la llegada al poder de Evo Morales” (p. 78). Interesa rescatar de Stefanoni, cerrando este panorama del estudio de la hegemonía, sus investigaciones sobre la problemática indígena y la posición que ésta ocupa en la identidad nacional, así como aquellos destinados al análisis discursivo del MAS (Stefanoni, 2003, 2010). A partir de este doble análisis, entiende que el partido de Evo Morales es, al menos en parte, hereditario en su construcción discursiva del nacionalismo revolucionario de 1952, al

cual se ha agregado un fuerte componente indigenista, configurando lo que Stefanoni entiende como un “nacionalismo indígena”. Así, lejos del imaginario culturalista indianista, este partido estaría atravesado por un fuerte pragmatismo gremialista y un marcado antiimperialismo. Nuevamente, nos encontramos con el despliegue hegemónico del gobierno de Morales que lograría universalizar su discurso frente a posturas “indianistas” como las de Felipe Quispe. Recata entonces Errejón de Stefanoni que a partir de este esfuerzo, las identidades indias quedaron también abiertas al juego político de las articulaciones del lenguaje (Errejón, 2011: 79).

Para finalizar, valga sostener de Linera que el artículo citado, aun con la observación realizada, apoya la sentencia de Emir Sader: Linera parece teorizar y gobernar en consecuencia. Ha recogido el guante.

Conclusiones

Hemos presentado en este repaso algunos de los aportes que se están produciendo desde las ciencias sociales, a partir de los estudios sobre la hegemonía y en particular sobre su semblante discursivo, para la comprensión de la praxis posneoliberal que atraviesa la región. Reseñamos a continuación una serie de conclusiones que sirvan de orientación para un posible modelo analítico a construir.

A modo de introducción presentamos algunos lineamientos que derivan en un debate más “político” sobre la caracterización de los gobiernos progresistas del continente, entendiendo quien escribe que se presentan tajantes diferencias tanto ideológico-identitarias como programáticas entre los que compondrían dicho arco, de las cuales ciertos modelos analíticos en su “laxitud” no logran dar cuenta.

Entendemos que las categorías y distinciones realizadas por Atilio Borón y Claudio Katz, centradas en la contraposición entre los modelos de gobierno neodesarrollistas y los que emprendieron un proceso de reforma radical con horizonte socialista, nos otorgan una base analítica más precisa para comprender los procesos en curso que los análisis laclausianos sobre el populismo o las delimitaciones más pragmáticas realizadas en las últimas obras de Emir Sader. Vimos como el alejamiento del sustento material respecto del semblante discursivo en la operación hegemónica emprendido por Laclau, lleva a conclusiones analíticas ambiguas y de escasa aplicación, generando un igualamiento de la operación populista con la política en sí. Y sostuvimos también que la caracterización del posneoliberalismo realizada por Sader, a partir de la disputa Estado-mercado, no termina de constituir una clara demarcación entre gobiernos que, tanto en materia discursiva como en las políticas de reformas abordadas -según puntualizamos-, presentan a nuestro modo de ver diferencias más tajantes que la que el uso de dicho concepto permite vislumbrar.

Ahora bien, entendemos por otro lado que para un análisis del despliegue hegemónico -justamente por su carácter cultural, ideológico, discursivo- es menester la utilización de algunos de los conceptos elaborados por la escuela de Essex, para lo cual esbozamos en el artículo sus lineamientos principales.

El nodo central del trabajo radica entonces en cómo articular los aportes del análisis discursivo laclausiano con la tradición marxista gramsciana en el análisis de la hegemonía en nuestro continente.

En este repaso insinuamos dos caminos de respuestas. El primero es la reintroducción del estudio de la base estructural de los procesos, la situación de clase, dejada en buena medida de lado en los estudios laclausianos. Subsanan el excesivo énfasis colocado en la operación discursiva, según el cual cualquier grupo social puede llegar a la dominación de tipo hegemónica solo con cumplir los pasos (construir los discursos) adecuados. Enfatizamos que la realidad extralingüística condiciona necesariamente las posibilidades del despliegue discursivo, a la vez que lo prefigura. Mas entendemos también que ignorar la centralidad de la construcción discursiva en este momento histórico (mencionamos la historicidad de los aparatos difusores de la ideología, y su enorme presencia actual) deja trancos muchos de los análisis de la izquierda tradicional. Así, creemos que los conceptos gramscianos de conciencia latente y núcleo de buen sentido en los sectores oprimidos, pueden actuar de puente entre la situación de clase y la construcción discursiva. Como ejemplo propusimos articular -siguiendo a Raby y Sanmartino- la tradición venezolana de liderazgos populares y militares fuertes, así como la propensión de lucha contra las medidas de ajuste neoliberal que afectaban a los sectores más empobrecidos manifiesta en el Caracazo, con la posterior construcción identitaria chavista que hará énfasis en ambos aspectos. Entendemos entonces que *los pueblos saben, pero recuerdan movilizándose*.

Partiendo del diagnóstico de la orfandad de la estrategia, el segundo camino de respuesta estuvo constituido por el repaso de algunos de los aportes de quienes están hoy emprendiendo este tipo de análisis, con el fin de delinear un modelo analítico que de cuenta de las transformaciones de este siglo, y a su vez pueda generar proyecciones en la praxis política. Camino que incluye claro a los autores e hipótesis recién sintetizados.

Entre otras contribuciones, resaltamos la propuesta de Javier Balsa de atender al estudio de los aparatos formadores y difusores de la ideología, considerando su historicidad, para comprender la construcción de la dirección intelectual de los grupos dominantes en la hegemonía. Pero también la necesidad de estudiar su “dirección moral” construida en la socialización primaria, para lo cual propone recurrir a las nociones de Therbon en la difusión de lo que existe, es bueno y es posible en el mundo, tanto en la dominación como en la construcción de una contrahegemonía. Huelga resaltar la importancia de estos estudios en tiempos del auge mediático conservador. Los conceptos de “formación discursiva” y “estrategias discursivas” elaborados por Foucault son también retomados por Balsa para la identificación de la construcción discursiva de los grupos hegemónicos.

Por su parte Iñigo Errejón Galván y sobre todo Álvaro García Linera nos proporcionan algunas orientaciones analíticas en los modelos de despliegue hegemónico esgrimidos para la historia boliviana contemporánea. Las recomendaciones de Errejón Galván sobre el estudio de las identidades políticas como procesos dinámicos, siempre abiertos, que operan en el terreno de la construcción discursiva, y en las que debe atenderse a lo que los grupos constituidos dicen de si mismos, nos dan orientaciones para abordar la construcción de articulaciones e identificaciones cambiantes en los procesos contemporáneos, claro con la salvedad desarrollada de sus límites extralingüísticos. El ejemplo fundamental lo constituyen los desplazamientos en las identidades nacional-indígena producidos en la Bolivia del nuevo milenio, para lo cual recurrimos también a Pablo Stefanoni quien da cuenta de la articulación de estas dos fases identitarias en el nuevo proyecto hegemónico del MAS.

Por último, vimos cómo la construcción de un sencillo modelo analítico de base gramsciana realizada por García Linera a partir de una serie de momentos en la disputa hegemónica, puede ser de utilidad para el estudio de otros casos latinoamericanos más allá del de Bolivia.

Como cierre de este trabajo, y articulando tanto la discusión “política” sobre el posneoliberalismo, como los dos caminos de respuesta al intento de acercamiento entre clase social y construcción discursiva, valga resaltar que la recuperación y reaplicación de categorías de izquierda por parte del despliegue contrahegemónico venezolano enterradas durante los 90`, como lo son el socialismo, la comuna, el antiimperialismo, o incluso la burguesía y el capitalismo, su concatenación en una nueva estrategia discursiva, y su despliegue material en la construcción primero de las misiones sociales y luego de las “comunidades socialistas” (la base material y el discurso); constituyen el aspecto más novedoso y osado de la construcción identitaria posneoliberal latinoamericana, y cargan en su seno posibilidades de despliegue estratégico cualitativamente distintas a las esgrimidas por los procesos aquí llamados neodesarrollistas.

Bibliografía

Ánderson, Perry (1981): *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*, Editorial Fontamara, Barcelona.

Balsa, Javier (2006): “Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía”, *Revista Theomai*, n° 14, Buenos Aires, pp. 16-36.

Balsa, Javier (2011): “Aspectos discursivos de la construcción de la hegemonía”, *Revista Identidades*. N° 1, Buenos Aires, pp. 70-90.

Borón, Atilio (2000), *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Callelo, Hugo (2010), “Argentina y Venezuela. Los mitos hegemónicos, violencia política y el poder de los oprimidos” en Callelo, Hugo y Neuhaus, Susana, compiladores: *El fantasma socialista y los mitos hegemónicos. Gramsci y Benjamin en América Latina*, Herramienta ediciones, Buenos Aires.

Casas, Aldo (2011): *Los desafíos de la transición. Socialismo desde abajo y poder popular*, Editorial El Colectivo, Buenos Aires

Errejón Galván, Iñigo (2012): *La lucha por la hegemonía durante el primer gobierno del MAS en Bolivia (2006-2009): un análisis discursivo. Tesis Doctoral*, Madrid, inédita.

Foucault, Michel (1969): *La arqueología del saber*, Siglo XXI, Buenos Aires.

García Linera, Álvaro (2008): “Empate catastrófico y punto de bifurcación”, *Crítica y emancipación: Revista latinoamericana de Ciencias Sociales*, N° 1, CLACSO, Buenos Aires, pp. 22-33.

Katz, Claudio (2008): *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires.

Katz, Claudio (2006): *Socialismo o Neodesarrollismo*. Artículo disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=42281>

Katz, Claudio (2014): *Las batallas en Venezuela*. Artículo disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=193415>

Laclau, Ernesto (1990): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Laclau, Ernesto (2005): *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Mazzeo, Miguel (2005): *¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios*, Editorial Antropofagia, Buenos Aires.

Mazzeo, Miguel (2007): *El sueño de una cosa (introducción al poder popular)* Editorial El Colectivo, Buenos Aires.

Narvaja de Arnoux, Elvira (2008): *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*, Editorial Biblos, Buenos Aires.

Nun, José (1989): *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Raby, Dieane (2006): “El liderazgo carismático en los movimientos populares y revolucionarios”. S/d.

Ramonet, Ignacio (2013): *Hugo Chávez mi primera vida*, Editorial Debate, Buenos Aires.

Sader, Emir (2008): *Posneoliberalismo en América Latina*, CLACSO-CTA ediciones, Buenos Aires

Sader, Emir (2009): *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, CLACSO-Siglo XXI editores, Buenos Aires.

Sanmartino, Jorge (2010): “Populismo y estrategia Socialista en América Latina” en Callelo, Hugo y Neuhaus, Susana, compiladores: *El fantasma socialista y los mitos hegemónicos. Gramsci y Benjamin en América Latina*, Herramienta ediciones, Buenos Aires.

Stefanoni, Pablo (2003): *El nacionalismo indígena como identidad política: La emergencia del MAS-IPSP (1995- 2003)*, CLACSO, Buenos Aires.

Thernborn, Göran (1991): *La ideología del poder y el poder de la ideología*. Siglo XXI. México D.F.